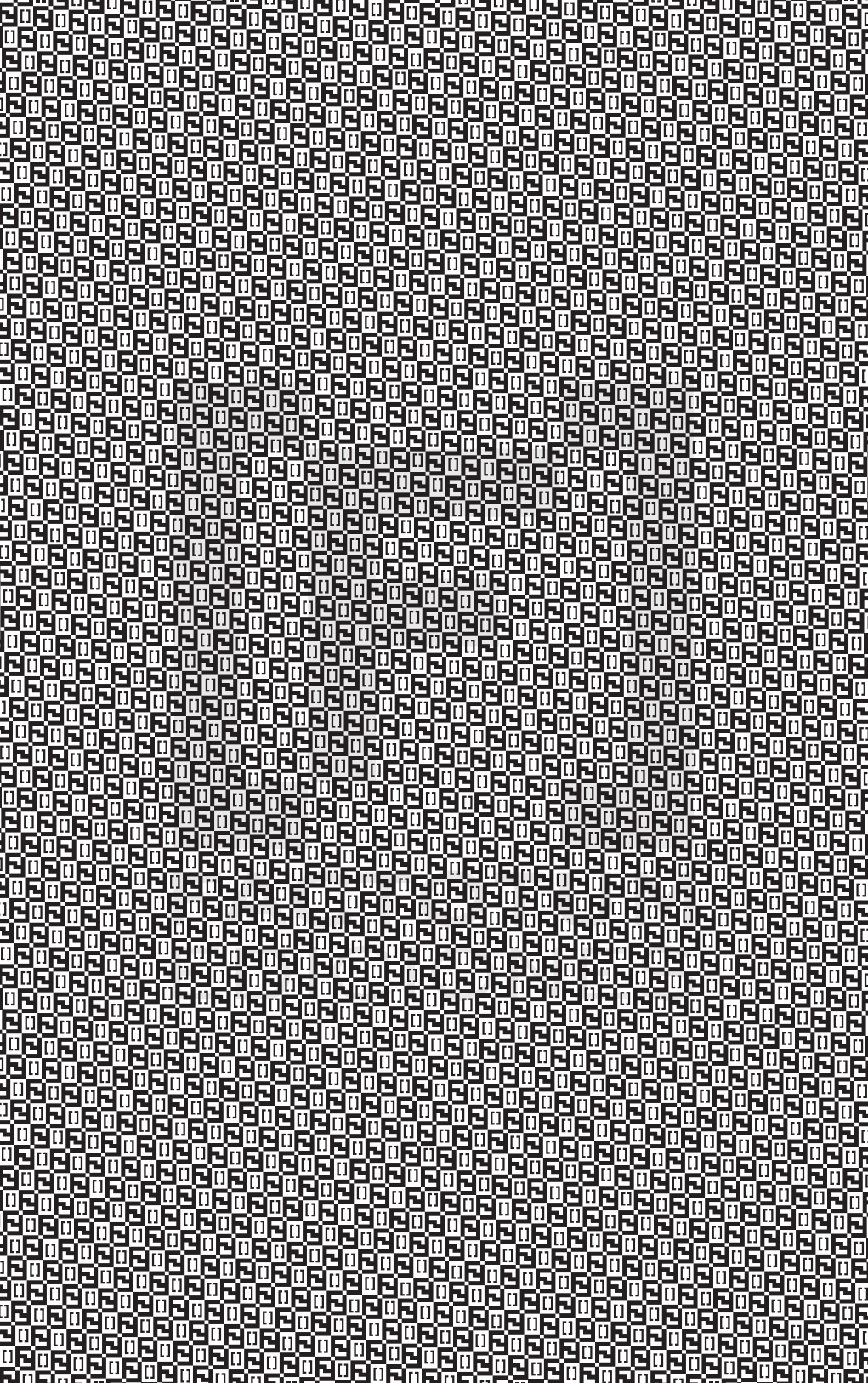
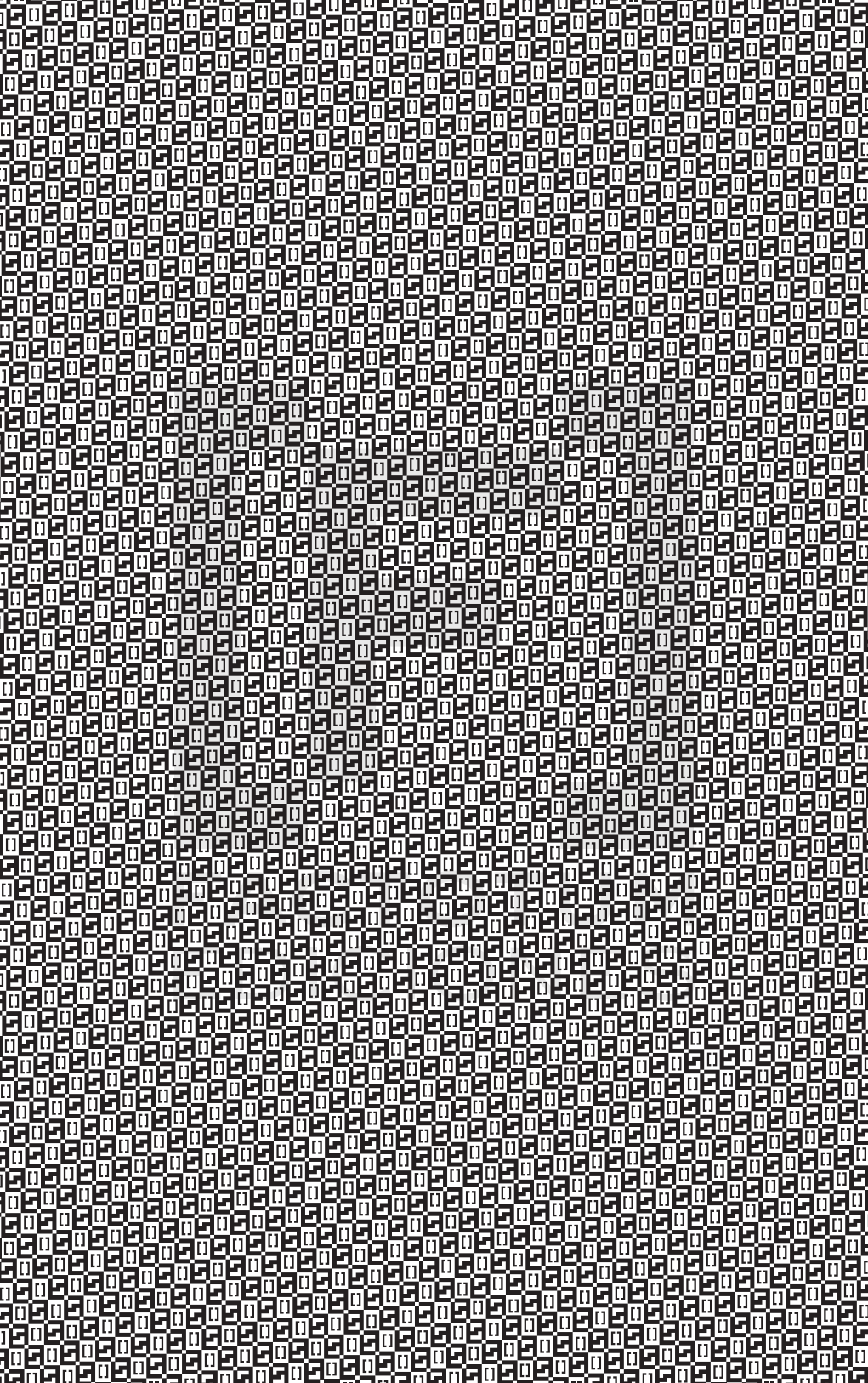








Calma el fuego

FACTOTUM
EDICIONES

Bedia, María Inés

Calma el fuego / María Inés Bedia. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Factotum Ediciones, 2025.

240 p. ; 21 x 13 cm. - (Fictio)

ISBN 978-987-4198-71-6

1. Literatura Argentina. 2. Novelas. I. Título.

CDD A860

© María Inés Bedia, 2025

© Factotum Ediciones, 2025

Pasaje Rivarola 115 (1015)

Buenos Aires, Argentina

www.factotumediciones.com

Edición: Fátima Nieves García

Corrección: Juan Manuel Massaro

Composición de tapa: Natalia Brega

Imagen de tapa: Getty Images

Foto de la autora: Catalina Bartolomé

ISBN 978-987-4198-71-6

Libro de edición argentina

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

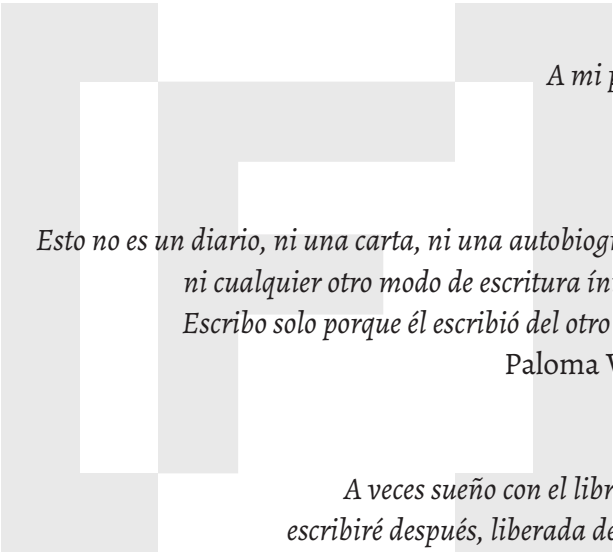


Calma el fuego

María Inés Bedia

FACTOTUM
EDICIONES





A mi papá.

*Esto no es un diario, ni una carta, ni una autobiografía,
ni cualquier otro modo de escritura íntima.
Escribo solo porque él escribió del otro lado.*

Paloma Vidal

*A veces sueño con el libro que
escribiré después, liberada de este.*

Delphine de Vigan

FACTOTUM
EDICIONES

I

Tenía once años cuando mi papá nos dijo que era un monstruo. Que él era un monstruo. Unos minutos antes, le habíamos cantado con mi hermana una canción. Podría decir *nuestro* papá, pero, esa tarde, yo se la quería cantar al otro. Al que había sido mío y de nadie más durante un año y nueve meses. No me acordaba de ese tiempo de hija única, pero me lo recordaban las fotos enmarcadas que adornaban los distintos espacios de la casa. Mi papá, mi mamá y yo en la playa; los tres en el río, en la plaza, o en la puerta de la casa de mis abuelos. Mi papá y yo, solos, y mi mamá detrás de la cámara capturando mis primeros años, cuando él me tiene a upa. Y más que un papá es un lugar en el que no tengo miedo.

Ese día elegimos un tema de *Jugate conmigo*. Uno de los chicos del grupo de Cris Morena le dejaba un mensaje en el contestador automático a su papá diciéndole que lo extrañaba y lo necesitaba. Improvisamos dos micrófonos con unas lapiceras a las que les armamos una pelota

de algodón en la punta. Las cubrimos con la tela de vestidos de muñecas que ya no usábamos, y las atamos con gomitas elásticas que nos llevó un rato largo encontrar. Practicamos la coreografía y la letra en el espejo de la habitación de mis padres durante toda la tarde.

Era sábado y mi mamá se había ido a hacer las compras al supermercado. Sabíamos que iba a tardar varias horas porque los comercios se llenaban de gente los fines de semana en Campana. Todas las familias aprovechaban el descanso programado propio de una ciudad fabril para salir a comprar. Además, en los noventa, en mi casa se compraba comida para todo el mes. Se almacenaba en la parte de arriba de un armario viejo que estaba en lo que había sido la sala de cardiología en la que atendía mi papá. Después de ejercer por más de veinte años como cardiólogo, había cambiado de profesión; decía que los problemas del corazón tenían que ver con la cabeza, entonces se había pasado al psicoanálisis. Ahora ese cuarto era solo un lugar de paso que unía los consultorios de mis padres, uno arriba del otro, con el resto de la casa. El centro de un reloj de arena, por el que había que pasar de a uno y sin hacer ruido.

Ese sábado nos habíamos quedado en casa con mi papá, que leía en su consultorio, donde también estudiaba y dormía la siesta. Pasaba todo el día ahí. Solo compartíamos con él los almuerzos y las cenas. También lo cruzábamos cada vez que se levantaba de su sillón para ir al baño. Quedaba en la otra punta de la casa. El ruido de las llaves colgadas en su cinturón nos avisaba que venía. Y ahí aprovechábamos. Para preguntarle

cualquier cosa, para que nos ayudara a hacer la tarea de matemáticas, a resolver ese cálculo imposible, para contarle que algún paciente había dejado un mensaje, y que habíamos tomado nota, para alargar esos cinco minutos, para. Tengo que volver al consultorio, chicas. Nos acariciaba la cabeza, alguna vez nos daba un beso en la frente. Mi papá aparecía y desaparecía. Sus movimientos eran los del mar, lo traía hasta nosotras una ola, y otra más grande lo arrastraba de nuevo hacia las profundidades. Podíamos acercarnos a su orilla con el cuidado de no ser tragadas por algo inmenso.

Había otro baño en la casa, al lado de la cocina, pero a ese iban los pacientes, sobre todo los de mi papá. Los de mi mamá, que también era psicóloga, no se mezclaban con la vida familiar. Podía pasar que estuviéramos merendando y mi papá abriera la puerta: Beto va a pasar al baño, chicas. Y pasaba Beto, o Aníbal, o Marcela. Hola, qué grandes que están las nenas, decían por compromiso y nos hacían una sonrisa. Tenían los ojos llorosos. Eran unos segundos incómodos, como si los pacientes y nosotras fuéramos vecinos en un ascensor quieto.

La tarde de la canción, ensayamos varias veces la coreografía. A mi hermana le salía mejor. Inventaba giros y pasos que yo imitaba. Hacía un movimiento con la cintura que nunca me salió. Yo era su fotocopia en blanco y negro, ella era los colores. Me sabía toda la letra de memoria, ese era mi fuerte. La memoria y las palabras.

En un momento, escuchamos llegar a mi mamá y le pedimos que no dijera nada, que estábamos preparando una sorpresa para papá. Ella se puso a hacer el mate.

Mis padres tomaban mate todos los días a las cinco de la tarde. Si alguna vez no lo hacían, era señal de que algo pasaba. O habían discutido, o él estaba muy metido con el estudio de algún nuevo libro sobre marxismo. *Un libro impostergable*, nos diría, para explicarnos por qué no tomaba mate con mamá. En esa época, además, estaba cursando la carrera de Filosofía y estudiaba en profundidad a Hegel. Había libros de Hegel por toda la casa, eran las señales de tránsito que guiaban el camino hasta su consultorio. Hegel fue la primera palabra que aprendí a escribir. Tengo guardada una tarjeta que le hice a mi papá cuando tenía seis años, la dibujé del lado de atrás de un electrocardiograma –hojas que habían quedado de otra época y que nosotras usábamos para dibujar–. Está escrita en color violeta: “Papi, no leas más, Hegel ni otra cosa... no te vallas a tu consultorio, quedate con nosotras, te queremos”. Tiene varios dibujos hechos en papel glasé: un libro tachado con una cruz, una puerta que simula ser la de su consultorio, un tacho de basura lleno de libros y un señor con barba que vendría a ser Hegel, también tachado. Dice *vallas* en vez de *vayas*, pero Hegel está bien escrito y bien dibujado. Cuando crecí, cada vez que mi papá descubría un nuevo libro, después de devorarlo, me lo pasaba y decía: Te apuesto mil pesos –él siempre mencionaba un número posible, no decía un millón de dólares– que te va a encantar. No hay manera de que no te guste, insistía, y me lo daba todo marcado y lleno de anotaciones. Una vez lo abrí y por todos lados decía MI, me ilusioné pensando que esas partes le hacían acordar a mí –María Inés–, pero significaba “muy importante”.

Esa tarde, habíamos cerrado todas las cortinas del living para improvisar una sala de teatro. Mamá y papá se sentaron en el sillón. Pusimos play en el grabador. Me paré en el centro de la habitación, con cara de duda. Miré para un lado y para el otro, dije que no con la cabeza, hasta que me decidí, respiré hondo, hice que llamaba por teléfono desde un aparato viejo, de esos con el cable enrulado y empecé a cantar:

Llamo para contarte que estoy más alto y salí campeón,
con ese equipo de fútbol ¿te acordás, viejo? El perdedor...

Le pasé el teléfono a mi hermana y me di vuelta, dándole la espalda al público. Ella siguió:

Yo sé que estás ocupado con tu trabajo y tu nuevo amor,
yo solo quería decirte: me gustaría estar con vos...

Y las dos, a los gritos y marcando dos pasos para un lado, uno adelante, el movimiento de la cintura que no me salía, dos para el otro costado, uno para atrás:

Te necesitooooooooo para creceeeeeer, estás tan lejos, no sé qué haceeeeeeeer. Quiero que sepas, que al fin me enamoré, es algo raro, te necesito para creceeeeeeeer

El videoclip original terminaba con una imagen del padre que llegaba de sorpresa al partido de fútbol de su hijo. Mientras el chico se ataba los botines, un zapato lustrado le acercaba la pelota. Levantaba la vista y era

su papá, vestido de traje, como recién salido de una reunión de negocios. Se abrazaban emocionados. Nosotras tratamos de recrear la misma escena, pero como no teníamos pelota, juntamos unas flores del paraíso que daba a la ventana de nuestra habitación. Yo me senté en el piso, con la mirada perdida en el horizonte. Mi hermana, que se había pintado bigotes con un corcho quemado que tenía preparado en el bolsillo del jumper y se había puesto una camisa de mi viejo, me acercaba las flores desde atrás. Yo giraba mi cabeza en cámara lenta, nos abrazábamos, y las dos juntas cantamos la última parte de la canción:

Hablarte me hizo bieeeeeen

Nos inclinamos haciendo una reverencia. Mi mamá aplaudió y dijo que era muy hermoso lo que habíamos preparado, se le había corrido un poco el maquillaje. Se paró, se agachó y nos abrazó a las dos juntas. El abrazo era tan apretado que hasta tuve la sensación de haber vuelto a estar dentro suyo. Esta vez, también con mi hermana. Intenté despegarme, buscar un hueco dentro de ese abrazo. Probé por un lado, pero me encontré con la mitad de la cara de mi hermana y su cachete aplastado por la axila de mi mamá. Del otro lado encontré una hendija entre la teta de mi mamá y el brazo que me cruzaba por la espalda. Miré por ese hueco. Una parte del sillón, un almohadón caído, un cuadro torcido, la foto en la que estamos los cuatro. Metí la cabeza en el hueco, para lograr más espacio, y lo vi. Mi papá seguía ahí, sentado,

inmóvil, mirando un punto fijo. Sin mirarnos, o mirando eso que estaba ahí solo para él, dijo en voz alta: Soy un monstruo.



2

El auto está sucio, tiene telarañas, restos de comida y arena de veranos pasados. Hay partes de juguetes en los asientos: la cabeza de una muñeca LOL, la mitad de una cuchara de plástico, una pelota desinflada y el vestido de alguna otra muñeca más barata. No miro para atrás, así me olvido, pongo en el GPS la dirección del psiquiátrico.

La casa de los audífonos queda de camino, paso por la puerta y veo a la recepcionista rubia sentada en el mismo lugar de siempre. Se ríe y anota cosas en un cuaderno. Siento el impulso de bajar a contarles que ya no van a ver a mi papá por ahí, que ya nadie ordenará una audiometría a su nombre, que ya no lo verán entrar por esa puerta. ¿Se habrán preguntado por él? ¿Se extraña a un cliente de tantos años? Me toca bocina el auto de atrás, el semáforo se pone en verde. Yo no tengo apuro. A dónde voy ya no hay apuro.

En el siguiente semáforo, le mando un audio a mi hermana. Los semáforos en rojo alivian, como las piedras

grandes en un río que se cruza a pie: hago una pausa antes de seguir. Le cuento que estoy yendo al psiquiátrico a buscar algo que nos puede servir. “No entiendo nada, cuando puedas llamame”. Respondo con un pulgar para arriba y le pido que no le diga nada a mamá, que se va a poner mal. “Mamá es una cosa buena que nos pasó”, escribo. Me manda una carita que guiña un ojo y un corazón verde. No se da cuenta de que esa frase la escuchamos juntas en *Cae la noche tropical*, la obra de teatro que adapta la novela de Puig.

El camino que hago para llegar a Guardia Vieja es el mismo de antes. La casa de los audífonos, la de los muebles antiguos, el teatro, el bar con mesas afuera que me gusta, la calle llena de árboles. No me sale ir distinto a los mismos lugares, como si necesitara repetir el camino por el que otras veces fui, llegué bien y logré no quedar atrapada. Dejo el auto a unas cuadras y mientras camino ensayo lo que voy a decir: Hola, ¿Qué tal?, soy la hija de alguien que estuvo acá internado. Estoy buscando algo que él escribió. Unas notas, unos papeles, un cuaderno. Algo. Me contó una vez que vine a visitarlo. Me estoy yendo de tema. Hago un gesto con la mano, como si espantara una mosca. Vuelvo a empezar. Hola. Mi papá estuvo acá internado, se anotó en un taller literario y escribió algo. Escribió cosas. Vengo a buscar eso que él escribió. Hace unos meses murió. Todavía no puedo contarle de otra manera.

Me pasé unos metros. Camino hacia atrás, subo las escaleras y dudo por dónde entrar. Hay una puerta a cada lado de una escalera. Un chico que está fumando me

pregunta si voy a visitar a alguien. Es flaco, un poco más alto que yo y tiene el pelo desordenado. Unos ojos celestes que resaltan sobre las paredes grises y su ropa negra. Está apoyado en la entrada y por su forma de hablar me doy cuenta que trabaja ahí. Tiene una voz pausada que contrasta con la ansiedad de los que van a visitar a alguien. Digo que no soy una visita, que ya no, que vengo a buscar algo, le pregunto cuál es la entrada. Señala una puerta de vidrio. Paso. Otra vez acá.

Lo primero que veo son los *lockers*. Me da risa que justo acá se llamen así. Ahí me hacían dejar la mochila y el celular antes de entrar. A mi papá podía llevarle libros, pero los revisaban para que no tocaran temas que pudieran profundizar su depresión. Los miraban y me los devolvían a los cinco minutos, imagino que solo leían la contratapa. Siempre llevaba algún libro de los que se leen en la playa, para despistarlos, como la biografía de Fernando Niembro o la historia secreta de la final entre Boca y el Real Madrid. Pero esos ni se los daba. ¿Cómo saber qué libro sería inofensivo? Pasaba días enteros pensando qué llevarle, sacaba y volvía a guardar en mi biblioteca, apilaba los candidatos en mi mesa de luz. Fue la primera vez en su vida que mi papá no leyó, al menos desde que yo aparezco en su vida y empiezo a ser testigo de sus días, a sus cuarenta y un años. Antes no sé bien qué pasó. Hay relatos de otras depresiones por las que atravesó, pero en todos, la imagen es la de un papá que desaparecía. Se encerraba a leer en su consultorio, solo, sin querer hablar con nadie, sin salir, sin comer, pero acompañado por sus libros. Entonces yo insistía, le seguía llevando libros, esto tenía

que ser igual a las veces anteriores, no podía aceptar que no quisiera leer. Si no leía, estaba muerto.

¿Cuál es el momento exacto en que empezamos a morir? En el poema “La lluvia”, Borges se pregunta si la lluvia cae o cayó, y escribe que “la lluvia es una cosa que sin duda sucede en el pasado”. Eso mismo pasa con la muerte.

Una de las tardes que fuimos con mi hermana a visitarlo, nos contó que se había anotado en un taller literario, que era una de las actividades del hospital. Levantaba las cejas y se mordía los labios, se tapaba los ojos, dándonos a entender que ya no estaba para esas cosas. Señaló una pared que estaba a unos metros, en ese panel cuelgan lo que escribimos, nos dijo. ¿Qué escribiste?, pregunté, pero no me acuerdo qué respondió. En ese momento me invadió la ilusión de que si estaba escribiendo quizá volvería a leer y no retuve su respuesta. Me pidió que la próxima vez que fuera le llevara un cuaderno. De los Gloria, dijo, no compres los de tapa dura que son más caros. Nos quedamos charlando sobre mamá y las nietas. Quise mostrarle una foto de Marti, mi hija, su nieta mayor, para que viera lo grande que estaba, pero no tenía el celular, así que pensé en imprimir algunas para la próxima visita. Varias veces estando internado me agradeció por ponerle a mi hija el nombre de su madre, mi abuela.

Ese día, antes de irnos, me acerqué hasta la pared. Había varias hojas A4 pegadas con cinta scotch, escritas a mano, con tinta negra, con tinta azul. Algunas a lápiz. Una al lado de la otra, formando algo, un collage de historias. No sé sobre qué trataban, pero en ese momento pensé

que la escritura funcionaba como puente, para ir hacia el pasado, sin quedar atrapado en la locura.

Una letra que ocupaba todo el ancho del renglón me llamó la atención. La O era igual a la A y la L tenía el mismo tamaño que la I y que la T. Me hizo acordar a la de un chico que me había escrito una carta de amor en tercer grado. Decía: “Fuiste, sos y serás mi primer amor. Anónimo” Su letra era inconfundible, así que mis amigas se rieron toda la tarde. El recuerdo de esa letra me distrajo. Sonó el timbre que avisaba que se había terminado el horario de visita. Quise volver a la cartelera porque no había llegado a leer el relato de mi papá, pero vino un enfermero y nos dijo que nos teníamos que ir. Miré a mi papá para saludarlo y me pareció que ya no estaba ahí, ¿Se había ido sin saludarnos? ¿Se lo había llevado la corriente? No. Estaba ahí, en el mismo lugar. Estaba y no estaba. Seguía sentado en la misma silla, con la mirada en ese punto fijo que solo existía para él.

Hace un tiempo que me despierto pensando en esos papeles. Quiero saber qué decían. Quiero saber qué más escribió mi papá en el cuaderno Gloria de tapas blandas que días después le llevé. En los días en los que ya no podía leer. En los días entre paréntesis. Quiero saber qué escribió durante su internación, nueve meses antes de la carta. En ese momento no le di importancia, solo quería que escribiera, que volviera a leer, que el mar lo llevara de vuelta a la orilla.

Ahora, en la mesa de entradas, un chico joven que usa gorra atiende a una señora. Le pide que deje sus pertenencias en los *lockers*, que en unos minutos la hace pasar.

Habla lento, no tiene apuro. Me acerco porque me toca a mí. Apenas levanta la vista, lo saludo y le cuento. Él abre los ojos, me mira fijo. Me explica que tiene que consultar, si puedo volver otro día. Le digo que es muy importante para mí. Vuelve a abrir los ojos. Esperá un momento, dice y se pierde detrás de una puerta.



FACTOTUM
EDICIONES